



LO ÚLTIMO QUE DIRÉ

Ana Vicarodi

LO ÚLTIMO QUE DIRÉ



Primera edición: mayo de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Ana Vicarodi

© Ilustraciones: Susana Díaz Posada

ISBN: 978-84-18663-74-1

ISBN digital: 978-84-18663-75-8

Depósito legal: M-12192-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi pequeña Victoria
que un día será grande*

Guido escribe

Guido escribe.

Guido escribe que escribe.

O no.

Guido está preso. Es un condenado a muerte. Su única conexión con el mundo está en la memoria. Pero la memoria duele. Las palabras son un bálsamo. Por eso Guido escribe. Y crea un mundo.

Cora escribe.

Cora escribe que escribe.

O no.

Algo cambia en su realidad. Y duele. Las palabras son un bálsamo. Por eso escribe. Y crea...

Alto: ¿quién crea a quién en este relato de cajas chinas? ¿Quién imagina a quién? ¿Quiénes son Guido, Cora, Lucio, Bruno? ¿Qué hermandad secreta los une? ¿Qué dolor profundo? ¿Qué esperanza puesta en la escritura? ¿De quién es la pluma que les da vida?

Con la delicadeza de una orfebre, la autora construye un relato entrañable sobre la fuerza de las palabras cuando el mundo se hunde en las tinieblas.

«¿Para qué poetas en tiempos de penurias?», se preguntaba Friedrich Hölderlin, el primer año del siglo XIX. Para saber que no estamos solos. Para saber que alguien en el universo nos lee, nos escucha, nos muestra la salida de las sombras, le responde la autora de *Lo último que diré*, en este siglo XXI.

Pasa a formar parte así, por derecho propio, por talento y por la inmensa sensibilidad de sus páginas, a una estirpe de mujeres y hombres que han buceado en la soledad más oscura y han encontrado allí una luz que nos envuelve a quienes nos acercamos a sus letras.

Como si fuéramos el misterioso gato que recorre las páginas del libro, sus lectores le estamos agradecidos.

Bienvenida, Ana Vicarodí, al mundo de la literatura. Estábamos esperándote.

SANDRA LORENZANO
Escritora y académica

La gente dice que la vida es corta, y aunque la mayoría desea retardar o detener el paso del tiempo, hay quienes anhelan apresurarlo: un niño de diez años que quisiera tener 12, el que está a punto de jubilarse, una pareja enamorada que cuenta los días para casarse, una mujer embarazada, un viernes en la tarde, un atleta cerca de la meta, un familiar en la sala de espera de un hospital, la última persona de la fila, y, por supuesto, un presidiario, aquel que está encerrado durante horas, meses, años, décadas... Así es Guido, como otros presos, sin un reloj que marca los segundos, los minutos y las horas. El hambre es su mejor indicio para dividir un día, y el rato que puede estar en la jaula, en la que se le permite ejercitarse en el patio de la prisión. No siempre tiene acceso a ella, pues es un privilegio que le pueden quitar.

El insomnio hace más largas sus noches, y el frío... bueno, el frío es su peor compañía. Guido piensa, sueña, escribe; sobre todo escribe, ya que no tiene con quién hablar y, muy a menudo, el hablar está asociado a un castigo. También lee, pero prefiere escribir. Tiene un diario, una

libreta de apuntes y cuatro paredes. Lo que más escribe son cartas, cientos de ellas; todas son enviadas y regresadas al remitente. Sin embargo, continúa escribiéndolas. Quisiera dejar de hacerlo y por eso ha comenzado una historia, buscando ocupar su mente en algo distinto, y a pesar de no saber quién habrá de leerla, no tiene algo más para hacer, así que inició este proyecto para no pensar en las cartas, ni en el tiempo, que parece no transcurrir:

Cora también escribe, aunque prefiere leer; a menudo tiene frío, pero encuentra peores compañeros, sobre todo en las noches, cuando trabaja. Estando con un cliente desea más que nadie adelantar el reloj, se siente prisionera, quiere morirse, mas no se atreve.

Guido se consuela pensando en su personaje, imagina que hay alguien afuera que no es feliz. Quisiera que Cora se atreviese a morir, con éxito. No como él, que ha buscado la muerte sin hallarla. En varias ocasiones ha dejado de comer por días y como represalia no lo dejan escribir. Entonces, interrumpe su huelga de hambre. También ha provocado la ira de los guardias buscando conseguir una golpiza mortal; a pesar de ello, siempre ha recobrado la conciencia y ha tenido que enfrentarse a una larga y dolorosa recuperación.

En una oportunidad, comenzó una pelea en las duchas esperando ser asesinado. Si bien no hubo muertos, esto le dejó varios huesos rotos y unos adversarios que debe evitar para no ser atacado cada vez que tiene que darse un baño.

Ha escrito sobre la soledad; la describió en un verso como una presencia tan silenciosa que aturde; sobre el olvido, al creer que ya nadie se acuerda de él; sobre la aflicción que le genera acordarse de lo sucedido; sobre la lluvia, que lo distrae de aquel silencio desesperante y lo hace recordar cuando, empapados, el frío fue por un momento su aliado y los obligó a abrazarse; sobre su gato, más bien de ella, el que solía ronronear en su pecho cuando veían televisión; sobre el helado que ya no puede comerse; sobre su malhumorado vecino, a quien extraña; sobre la crueldad de los relojes, sobre la luz del sol, sobre las plantas de su casa, sobre el correo que siempre espera y que nunca llega, que solo le retorna las cartas sin haber sido leídas, y sobre ella. Sobre ella ha escrito páginas enteras. Ha tenido que pintar las paredes de su celda borrando su nombre para luego volver a escribirlo. Está en su diario, en su libreta de apuntes y en su correspondencia:

Ojalá pudiera verte de nuevo; ojalá pudiera escuchar tu voz; ojalá me perdonaras; ojalá leyeras esto; ojalá me respondieras, ojalá...

Ella, ausente, lejana, inalcanzable, enmudecida, difusa, como una imagen que se va borrando con el tiempo y es restaurada una y otra vez. Cada palabra escrita es un intento por recordar su rostro, su mirada, su aroma, sus manos, su sonrisa, su color de piel... Es una obra falsificada, una copia de la original, un recuerdo que se aleja y que no puede regresar.

Guido se aferra a su memoria para apartarse de la realidad. Mas ha pensado tanto en ella; ha escrito tanto sobre ella y para ella, que se cansa de pensar y recurre a Cora para variar, pues de escribir jamás se cansa:

—¿Por qué te quedas mirando? Sigue caminando si no me vas a contratar —le dice a un transeúnte en el centro de la ciudad.

La noche es lenta, y Cora lleva horas esperando; se ha cambiado de esquina dos veces, por lo cual ya no puede hacerlo más. Están por pasar ronda. Le asignaron ese lugar, así como un monto que tal vez no logre. Su aliento produce humo, se fuma un cigarrillo para disimular, en vista de que no puede ponerse su abrigo. Está pensando en su gato, que se ha quedado en casa.

El mismo que ronroneaba en el pecho de Guido cuando él veía televisión con alguien más. Cora no sospecha que el gato no es suyo; que su historia y su mascota no le pertenecen, porque son de aquel que escribe su destino. El gato tampoco es de Guido, sino de ella, de la dueña de las cartas, con quien él solía ver la tele.

